

<b>Medio</b>	Revista Mensaje
<b>Fecha</b>	11-10-2018
<b>Mención</b>	«POR UNA IGLESIA JUNTO AL PUEBLO Y SU LUCHA» A 50 años de la toma de la Catedral de Santiago. Mención a Patricio Jiménez, Historiador de la U. Alberto Hurtado.

«POR UNA IGLESIA JUNTO AL PUEBLO Y SU LUCHA»

# A 50 años de la toma de la Catedral de Santiago

**Hace medio siglo, sacerdotes y laicos actuaron juntos para hacer de la Iglesia una instancia de más convencida defensa de los sectores empobrecidos.**

**El acto de ocupación del templo metropolitano fue una manifestación de que parte importante de la Iglesia quería un nuevo tipo de acercamiento a las problemáticas sociales y a sus fieles.**

Patricio Jiménez P. | Historiador. Académico [UAH](#)

**E**ran cerca de las cuatro de la mañana cuando el domingo 11 de agosto de 1968 un grupo compuesto por unos doscientos laicos, seis sacerdotes y dos religiosas ingresaron a la catedral de Santiago. Sus protagonistas, el grupo denominado Iglesia Joven, permanecieron allí por casi catorce horas, abandonando el templo alrededor de las 17:30 horas de ese mismo día sin que hiciese falta la intervención de la fuerza pública.

A cincuenta años de este acontecimiento eclesial, y cuando nuestra Iglesia se encuentra atravesando su propio momento de crisis (aunque de muy distinta naturaleza), pienso que puede resultarnos útil detenernos en las motivaciones y consecuencias que tuvo aquella manifestación para la Iglesia y la sociedad de su tiempo. El viejo Cicerón decía que la Historia es maestra de la vida y lo cierto es que, aunque el alcance de dicha frase puede ser motivo de discusión, para entender nuestro presente y proyectar nuestro futuro hace falta que conozcamos nuestro pasado.

### **GÉNESIS DEL CONFLICTO**

1968 fue un año cargado de hechos importantes: fue el año en el que asesinaron a Martin Luther King y a Robert Kennedy, en el que los estudiantes de París salieron a protestar en contra

de la sociedad de consumo, en el que los soviéticos invadieron Checoslovaquia y aplastaron la Primavera de Praga, en el que en México se produjo la matanza de Tlatelolco, en el que Pablo VI publicó *Humanae Vitae* y en el que por primera vez un Papa visitó América Latina; fue el año en el que Gustavo Gutiérrez dio sus primeras incursiones en lo que sería la teología de la liberación, el momento en el que los obispos latinoamericanos se reunieron en Medellín para la segunda versión de su conferencia general, en el que Chile vio su primer trasplante de corazón y, también, en el que la catedral de Santiago fue tomada por un grupo de laicos, sacerdotes y religiosas disconformes con el modo de ser Iglesia de los últimos años de la década de 1960.

Primero que todo, hay que recordar que nueve años antes el Papa Juan XXIII había realizado una convocatoria a toda la Iglesia universal: la de reunirse en Roma para pensar la mejor forma de transmitir el Evangelio en el siglo XX. Había llegado el momento de renovarse; el tiempo del *aggiornamento*.

En cuatro sesiones, celebradas entre 1962 y 1965, obispos provenientes de todos los rincones del planeta se juntaron para conocerse, interpelarse y discernir juntos el camino que debía de seguir la Iglesia. Fue una tarea titánica, pero lo cierto es que al clausurarse el Concilio Vaticano II los ojos del mundo estaban puestos en el catolicismo romano. ¡No era para menos! En ese

breve período de tiempo se hicieron reformas importantísimas: se permitió que las misas fuesen celebradas en lengua vernácula, que la música popular y sus instrumentos fuesen introducidos en la eucaristía, se reconoció la dignidad propia de los laicos y la presencia de Dios en las otras iglesias y entre los no cristianos y se puso en marcha la reorganización del Santo Oficio (que se convertiría en la Congregación para la Doctrina de la Fe) y la supresión del *Índice de Libros Prohibidos*.

Sin embargo, por paradójico que esto resulte, en todo ello estuvo la génesis de la toma de la catedral.

Un siglo antes Tocqueville lo resumió muy bien cuando expresó que: «el momento más peligroso para un mal gobierno es cuando trata de enmendarse. Sólo una consumada habilidad de estadista puede permitir a un rey salvar su trono cuando después de un largo período de gobierno opresivo se decide a mejorar la suerte de sus súbditos. Soportada con paciencia mientras parecía imposible de corregir, una ofensa llega a parecer intolerable una vez que la posibilidad de eliminarla cruza por la mente de los hombres»<sup>1</sup>.

Si antes del Concilio muchas de las formas y prácticas de la Iglesia eran aceptadas más o menos pasivamente (por ejemplo, el uso de la sotana), después de él vino un viento huracanado que movió a muchos a cuestionarlo todo. Los *experimentos* postcon-

ciliares se hicieron múltiples y muy variados<sup>2</sup>. Por ejemplo, la colegialidad episcopal impulsó a conferencias enteras a mostrar sus reticencias frente al magisterio papal expresado en la mencionada *Humanae Vitae* y otro tanto hicieron las facultades de teología. Los tiempos parecían ser proclives a otros procedimientos y a muchos les pareció chocante que la Iglesia se entrometiese en las sábanas de sus fieles de la misma manera en la que pudo haberlo hecho antaño. La diferencia estaba ahora en que el mundo católico había adquirido mayor conciencia de su voz.

Pero no sólo en el plano de la moral sexual hubo discrepancias. Un tema que se mostró quizás todavía más peliagudo fue el del compromiso y las formas asumidas en la evangelización de los sectores populares: *la opción preferencial por los pobres*, diría Gustavo Gutiérrez.

## LOS MOVIMIENTOS ECLESIALES EN EL CHILE DE LOS '60

En el marco de los principios que se fueron acordando en el Concilio Vaticano II hay tres acontecimientos que me parecen especialmente significativos: la Misión General de 1963, la Reforma Agraria propiciada en las propiedades de la Iglesia y la toma de la Casa Central de la Universidad Católica en 1967.

La Misión General permitió algo inaudito: que los laicos fuesen protagonistas del proceso misionero en el país. Hasta entonces sólo los sacerdotes habían tenido permiso para penetrar en las haciendas rurales, donde se alojaban en las casas patronales y la catequesis resultaba más bien superficial. En cambio, el modelo supervisado por don Enrique Alvear supuso un vuelco completo. Más de 1.000 misioneros laicos se formaron en un mínimo de diez sesiones para alojarse en la casa de los campesinos y compartir con ellos sobre pastoral parroquial, el rol de los laicos, doctrina social, los sacramentos y temas morales. Entre las charlas que también se dictaron figuraron algunas especializadas en cooperativismo, matrimonio, natalidad y educación.

A grandes rasgos, parte importante de la Iglesia quería tener un nuevo tipo de acercamiento con las problemáticas sociales y con sus fieles. En esa línea tuvo lugar la Reforma Agraria. Un año antes, el 28 de junio de 1962, don Manuel Larraín se juntó con los inquilinos del fundo Los Silos, en Pirque, y les transmitió su deseo de repartir las 182 hectáreas que pertenecían a la diócesis de Talca entre 17 familias. Ese fue el primer paso de un proceso que habría de involucrar a la arquidiócesis de Santiago, la diócesis de San Felipe y al propio gobierno.

Pero no sólo en el campo se sentirían los nuevos aires del Concilio. En el corazón de la vida intelectual de la Iglesia chilena, en la Universidad Católica, hubo demandas de una mayor apertura. El cardenal Silva Henríquez estaba convencido de que el rector debía de ser un laico, pero quien hasta entonces desempañaba el cargo, monseñor Alfredo Silva, se mostró humillado por los acuerdos a los que se iban llegando.

Lo cierto es que la Iglesia estaba dividida entre quienes se sentían entusiasmados por el nuevo estilo y entre quienes veían todo ello con suspicacia o esperaban transformaciones todavía más rápidas y/o radicales.

## LA TOMA DE LA CATEDRAL

Siguiendo los lineamientos abiertos por el Concilio, un grupo de católicos se reunió el 14 de junio de 1968 en la parroquia San Luis Beltrán, en Barrancas (hoy Pudahuel), para discutir en torno a la próxima visita del Papa Pablo VI a Colombia. Los involucrados se preguntaban por el sentido del acontecimiento: ¿Acaso el sucesor de Pedro predicaría la paciencia ante la injusticia? ¿La denunciaría en todas sus formas? Y si es que esto último llegaba a ocurrir, los presentes no dudaban sobre lo que ocurriría: lo matarían o lo harían callar. Por tanto, su viaje no tenía lógica alguna y así lo hicieron ver.

Un mes más tarde el colectivo tomó un aire más institucionalizado al incluir a jóvenes universitarios y a sindicalistas. Entonces adoptaron el nombre de Iglesia Joven y comenzaron a protestar en contra de la construcción del Templo Votivo de Maipú, el cual consideraban un lujo dada la situación económica del país. Bajo esta consigna el sábado 10 de agosto un grupo de ellos asistió a una misa vespertina en la catedral, quedándose en su interior hasta pasada la hora de cierre. Luego, en la madrugada, procedieron a abrirlas las puertas a sus compañeros, que ingresaron y permanecieron en el templo hasta la tarde del día domingo.

El resto de la ciudadanía no se enteraría de todo ello hasta el amanecer, cuando los madrugadores fieles se fueron congregando para asistir a la primera misa del día. Quienes iban llegando a la Plaza de Armas se encontraban a la sazón con un gran lienzo desplegado entre las dos torres del edificio con una leyenda que decía: "Cristo es igual a la verdad, más la lucha por una Iglesia junto al pueblo y su lucha. Justicia y amor". Esa era la clave. El problema radicaba en discernir cuál era aquella lucha. Para ello los manifestantes realizaron a lo largo de la jornada momentos de oración, un foro privado, su propia celebración eucarística y una conferencia de prensa. Todo ello sin abandonar el recinto.

Esto generó la molestia de las autoridades eclesiásticas.

Al lugar acudieron rápidamente Jorge Gómez, vicario general; Fernando Ariztía, obispo auxiliar; Augusto Molina, vicario dean de la catedral; Alejandro Huneeus, canónigo; y Sergio Valech, secretario general del arzobispado. De entre ellos fue el primero quien conversó con los involucrados y llegó al acuerdo, a pesar de su enojo, de no permitir el desalojo violento. El compromiso consistía en abandonar el templo durante la tarde, cuestión que se logró pacíficamente.

Los demandantes no emitieron ningún documento formal, pero pidieron que la Iglesia fuese modesta (había que detener la construcción del Templo Votivo) e impulsase una revolución donde el pueblo fuese el protagonista y la doctrina, la Palabra de Cristo.

## REACCIONES

El cardenal Raúl Silva Henríquez se encontraba ese día en San Antonio, por lo que no tuvo contacto con la toma. Sin embargo,

durante el lunes emitió un comunicado en el que privaba a los sacerdotes Diego Palma, Carlos Lange y Andrés Opazo (de los Sagrados Corazones), Ignacio Vergara (jesuita), Paulino García y Francisco Guzmán de las funciones de su ministerio sacerdotal. Dicha sanción tendría vigencia hasta que los amonestados manifestasen personalmente su obediencia a la jerarquía eclesiástica.

A juicio del arzobispo de Santiago los sacerdotes se habían extralimitado y separado de la comunión de la Iglesia. De hecho, el propio Vaticano ratificó esa interpretación al indicar, a través de *L'Osservatore Romano*, que la actitud asumida por los participantes había sido arrogante y profanadora. Con todo, la amonestación sólo tendría vigencia hasta el martes 13, ya que ese día los afectados le hicieron llegar una carta al cardenal Silva. Esto, no obstante, no impidió que el miércoles tuviese lugar una misa de desagravio en la catedral con la presencia del obispo de Puerto Montt, Ignacio Ortúzar.

En cuanto a la ciudadanía y el pueblo creyente, hubo amplias divisiones.

*El Mercurio* de la época reprodujo muy diversas interpretaciones. Desde el sacerdote español Antonio Pontigo, para quien la toma era un medio más de diálogo con la jerarquía, hasta la del comerciante Olegario Godoy, para quien se trataba de una broma de mal gusto<sup>3</sup>. Entre ambos también figuraba la opinión de la estudiante universitaria Mariana Ponce. Sus palabras resuenan hoy con un dejo increíblemente actual:

[La toma] Es la única forma en que los católicos se puedan expresar. La Iglesia tiene una jerarquía muy rígida y cerrada, que no permite expresar a los fieles abiertamente sus opiniones. En realidad es el colmo que, para protestar contra eso, se recurra a estos procedimientos, aunque comprendo que es algo necesario para que se escuchen estos planteamientos y se dé curso a un diálogo franco y abierto entre las autoridades eclesiásticas y los grupos inconformistas<sup>4</sup>.

#### CONSECUENCIAS

Durante mucho tiempo al laicado (y, en cierta forma, también al clero) se lo infantilizó.

En un modo de ser Iglesia tradicional bastaba con que el Papa o el obispo emitiesen una opinión para que el pueblo fiel tuviese que *agachar el moño* ante ella. Sin embargo, ya antes del Concilio Vaticano II dicha doctrina comenzó a hacer aguas. Basta con observar el revuelo que causó en 1933 que el obispo de Concepción, Gilberto Fuenzalida, prohibiese a los jóvenes católicos militar en otro partido político que no fuese el Conservador. Pero aquello



Citado en Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 2010, p. 211.

<sup>2</sup> Piénsese, por ejemplo, en el traslado del Seminario Diocesano de Santiago a pequeñas comunidades insertas en poblaciones populares.

<sup>3</sup> *El Mercurio*, lunes 12 de agosto de 1968, pp. 22-23.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> Tanto así que, al referirse a su precedente, «Los 80», los obispos reunidos en Temuco advirtieron sobre los peligros de un clericalismo ya superado por la Iglesia. CECH, «El Evangelio exige comprometerse en profundas y urgentes renovaciones sociales». Temuco, 22 de abril de 1971.

**A fines de la década del sesenta estaban todas las condiciones dadas para que llegar a un acuerdo fuese casi imposible. Pero la conducción de pastores atentos al discernimiento de los signos de los tiempos permitió construir una Iglesia al servicio de la comunidad y salvar la tormenta.**

**Obispos, como Raúl Silva Henríquez, fueron permanentemente acusados de subvertir el Evangelio con sus dichos y acciones; pero la apertura a la escucha y al compromiso social siguió marcando las líneas generales del episcopado y del mundo católico en los años setenta.**

ya no podía sostenerse en 1968. La línea abierta por el Concilio supuso la aceptación de la pluralidad de opiniones y el reconocimiento de aquello como un valor del Espíritu.

Una de las cosas que marcó a la toma de la catedral fue esta pluralidad de orígenes dentro de sus participantes. No hubo monopolio de sacerdotes o de personas consagradas. En ella pudo verse interactuar, de igual a igual, a líderes sindicales como Clotario Blest con dirigentes universitarios como Miguel Ángel Solar (ex presidente de la FEUC) y sacerdotes como Diego Palma (asesor de la Asociación Universitaria Católica). En ello difirió notablemente de otros movimientos que se gestaron en años posteriores, como Cristianos por el Socialismo, que fueron el resultado de compromisos exclusivos del mundo clerical<sup>5</sup>.

Por otro lado, las discrepancias al interior de la Iglesia llegaron en ocasiones a niveles alarmantes. Una prueba de ello fue el surgimiento de medios como *Fiducia*, una revista de línea integrista que vio todo diálogo con la modernidad (y particularmente con el marxismo) como herejía. Obispos como Raúl Silva Henríquez fueron permanentemente acusados por ella de subvertir el Evangelio con sus dichos y acciones, pero la apertura a la escucha y al compromiso social siguieron marcando las líneas generales del episcopado y del mundo católico en los años '70.

En momentos de crisis, de cambio, resulta muy difícil mantener las perspectivas y buscar un punto de equilibrio. A fines de la década del '60 estaban todas las condiciones dadas para que llegar a un acuerdo fuese casi imposible. Pero la conducción de pastores atentos al discernimiento de los signos de los tiempos permitió construir una Iglesia al servicio de la comunidad y salvar la tormenta.

Resulta muy interesante la actitud que tomó entonces el cardenal Silva. En un primer momento decidió sancionar al clero involucrado, pero cuando escuchó sus razones decidió levantarlas. No hubo ensañamiento, por más que algunas voces clamasen para que todas las penas del infierno cayesen sobre ellos.

Hoy, cuando la Iglesia nuevamente se encuentra dividida, volver los ojos a agosto de 1968 puede servirnos para contemplar un momento de nuestra historia eclesial en la que laicos y consagrados actuaron juntos en pos de un objetivo común, el de hacer de la Iglesia un espacio de mayor servicio a los empobrecidos. **MSJ**